



Cinco jóvenes
espeleólogos
aislados a 95 metros
de profundidad

Tras cinco días de terrible tensión, y cuando toda esperanza de salvación se había agotado, los tres espeleólogos que habían conseguido sobrevivir fueron rescatados. Al llegar a la superficie ya no les quedaban fuerzas para vivir la alegría del salvamento. El miembro más joven de la expedición, Jacques Delacour, se derrumbó extenuado.



Para atender a los protagonistas de esta dramática excursión espeleológica se improvisó, a la entrada de la sima, una enfermería para los primeros socorros.

TRAGEDIA EN LAS SIMAS DE ARDECHE

ESTOS hombres agotados, demasiado rendidos para alegrarse de estar todavía con vida, han tenido a toda Francia en vilo durante cinco días. Son solamente tres: los tres que han podido salvarse del grupo de cinco espeleólogos lyoneses que, el domingo primero de junio, descendieron a 95 metros bajo tierra para explorar la sima de la Foussoubie, en Ardeche. Veinticuatro horas más tarde estallaba una gran tormenta; el grupo quedaba prisionero entre aquellos acantilados calcáreos, por los que se precipitaban seis toneladas de agua por segundo.

La pasión por la exploración subterránea había reunido a estos cinco muchachos llegados de horizontes diferentes. Jean Dupont —veintiún años— era estudiante; Emile Cheilletz —veinticuatro años—, cantero; Alain Besacier —había cumplido veinticuatro—, tipógrafo. El más joven, Jacques Delacour, no tenía más que dieciocho y el más viejo, Bernard Rassy, veintisiete. Todos ellos tenían ya la experiencia de expediciones similares. Esta vez habían

TRAGEDIA EN LAS SIMAS



Otro de los supervivientes ha sido Alain Besacier. Pero dos de los espeleólogos perecieron arrollados por la tromba de agua. Sus cuerpos no han podido ser hallados todavía.

Al descargar la tormenta sobre la comarca de Ardeche, se formó un verdadero río que penetró torrencialmente por la boca de la gruta, inundando todas sus galerías.



decidido invertir las vacaciones de Pentecostés en la exploración de la sima de Foussoubie, cerca de Pont-d'Arc, en Ardeche.

Cometieron un error: no establecer una comunicación telefónica con la superficie.

—No queríamos cargar con este peso suplementario —ha explicado Emile Cheilletz.

La sima de la Foussoubie tiene, en el país, una siniestra reputación. Es una auténtica trampa para el que se atreve a descender. Su nombre en «patois» significa «cueva del río repentino». En dos horas, el torrente subterráneo puede inflarse desmedidamente y entonces todas las «trampas» de los 14 kilómetros de galería se cierran a la vez. Los trescientos primeros metros no son más que una sucesión de hoyos en vertical, que se transforman en cascadas para terminar en un lago de 25 metros, cuya superficie alcanza la bóveda en épocas de sequía.

Los jóvenes espeleólogos tenían la intención de explorar cuatro kilómetros de galería antes de instalarse en su campamento base, cerca del gran lago.

—Volveremos el lunes al mediodía —habían anunciado.

Cuando a la mañana del lunes estalló la tempestad, nadie pudo prevenirlos. Y durante cinco días los improvisados salvadores han asistido, impotentes, a la torrencial entrada del agua por la boca de la cueva.

Un pequeño claro, al cuarto día de espera, daba una pequeña oportunidad a las doscientas personas, entre gendarmes y voluntarios, movilizadas para llevarles socorro. En poco tiempo construyeron una estacada con el fin de desviar la dirección del torrente y extrajeron cerca de dieciocho mil metros cúbicos de agua con bombas Diesel. El viernes, a las ocho y media de la mañana, después de doce horas de trabajos inintermitidos, los salvadores se encontraron en situación de descender para intentar el rescate de los cuerpos de los espeleólogos. Pero no había esperanza de encontrarlos con vida... Ya un sacerdote había pronunciado las palabras de la absolución bajo condiciones.

—Su única oportunidad —decían los especialistas— es que hayan podido refugiarse sobre una plataforma existente en una de las galerías.

En el momento en que el auxiliador más adelantado se hundía en el primer pozo, se oyó un grito tan fuerte que fue escuchado en la superficie: los espeleólogos acababan de advertir la luz de la lámpara fijada en el casco del voluntario que descendía. Algunos minutos más tarde, hirsuto, terroso, la cara descompuesta, Emile Cheilletz era sacado al exterior y caía, abatido, sobre el suelo. Después les llegaba el turno a Alain Besacier y Jacques Delacour. Mientras este último se derrumbaba, agotado, Besacier tuvo fuerzas suficientes para sonreír y anunciar:

—El cuarto nos sigue.

Pero los otros dos habían muerto, y la búsqueda de sus cuerpos hubo de ser abandonada.

Una vez repuestos, los espeleólogos salvados narraron el trágico episodio. Tomando conciencia de su situación, habían decidido ganar la salida desde el primer momento.

—Si hubiéramos vacilado, a estas horas estaríamos muertos con absoluta seguridad —dijo Cheilletz—. Tras dos horas de dificultísimo avance vimos desaparecer, de pronto, a Bernard Rassy. Después le tocó a Jean Dupont. Perdió pie y desapareció inmediatamente de nuestra vista.

Durante el lunes, el martes y el miércoles, los tres supervivientes continuaron su lenta progresión hacia la salida, metro a metro.

—Fue mi cinturón —añade Cheilletz— lo que nos salvó, pues nos permitió subsistir. Nos moríamos de hambre y tuvimos que masticar el cuero.

Los tres rescatados quedaron, finalmente, bloqueados a sólo 40 metros de la salida. Allí se mantuvieron durante dos días, sobre una estrecha plataforma, esperando la calma de las aguas, que les pudiera permitir el intentar desesperadamente la salida. En una total oscuridad, paralizados de frío, hubieran desfallecido de no haber recibido al cuarto día los primeros «contactos» con la superficie, en forma de bidones, conteniendo alimentos, bujías y cerillas. Y, sobre todo, un mensaje: «¡No os mováis, que pronto llegamos!»

—Pensar que se ocupaban de nosotros —dicen ahora—, que se trabajaba para salvarnos, nos dio el valor necesario para no abandonarnos e impedir con ello nuestra segura muerte.

Los tres espeleólogos han sido inmediatamente conducidos en ambulancias al hospital de Vallon-Pont-d'Arc.

Ahora habrá que esperar a la llegada de la gran sequía estival que se registra en Ardeche para intentar de nuevo el rescate de los cuerpos de las dos víctimas de la Goule de Foussoubie.

CLAUDE GUELBERT

(Fotos: Alain Retsin-EUROPRESS)



Un momento del rescate de los tres supervivientes. Emile Cheilletz es conducido con gran cuidado por sus salvadores hasta la entrada de la sima en un bote neumático.